

Lo supe todo de ella

Conocía sus pasos de memoria:
caminos que algún día también quise
compartir junto a sus labios celestes.

Sabía de ella todas sus miradas:
aquella angustia de cristal opaco
que vertebraba al aire su cintura.

Lo conocía todo y nunca supe
si su voz era suya o ya del viento,
si aquella música de sus palabras
pertenecía al mundo o a mi vida.

Lo supe todo de ella y, sin embargo,
ahora que su piel no es más que sangre
y carne entumecida que se muere,
la siento imperceptible en su agonía,
la noto triste y sola en mi vergüenza.

Ese café

Crees que es por descanso,
una siesta ontológica en el bar.

O crees que es por gusto,
como el que hace caso
de esos e-mails en cadena.

Sin embargo,
lo que tú no sabes
—y puede que ya no sepas nunca—
es que ese café,

ese café bombón
de cada tarde
era por verte sonreír
detrás de la barra.

Buzón de voz

Ni siquiera llama.
Antes solía hacerlo:
un triste tono al móvil
o algún mensaje suyo
que olía en la distancia
a aquel sabor amargo
de resaca.

(Y siempre que vibraba el móvil
suspiraba de resignación.)

Hoy, que la necesito como el aire
o como un poemario de Eduardo Errasti,
tiene el móvil apagado
y no sé qué decirle
(como siempre)
a su buzón de voz.